

Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica

Gabriel Giorgi

Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014

Esta entrega de Gabriel Giorgi, académico de la Universidad de Nueva York y especialista en temas de biopolítica y estudios de género, viene a engrosar sus estudios sobre cuerpos y poder en la literatura de América Latina. Si antes el autor se había dedicado a la representación de la violencia y la persecución ejercida en contra de la diferencia sexual en *Sueños de exterminio*, ahora, en *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*, la perspectiva del crítico se agudiza para analizar la filigrana de relaciones establecidas entre animales y cultura bajo el marco teórico de la biopolítica.

La perspectiva de *Formas comunes* la podemos inscribir en el “giro animal” de los estudios culturales con el objetivo de reflexionar e identificar críticamente cuál es el lugar de los no-humanos en las representaciones artísticas. Esta apuesta pretende percibir los sentidos y roles de lo viviente desde una visión descentrada del punto de vista humanista. Evidentemente, podríamos situar esta mirada en consonancia con los aportes de Jacques Derrida, Michel Foucault y Gilles Deleuze, combinándola con los aportes de la filosofía política italiana, entre ellos, Giorgio Agamben y Roberto Espósito. Sin embargo, esta reflexión no es un desembarco de teorías metropolitanas hacia las materialidades de América Latina, pues críticos como Fermín Rodríguez, Julieta Yelin y Paola Cortés-Rocca se han preocupado por la reflexión sobre lo no-humano en las literaturas del continente reexaminando estas posiciones al interior de nuestro campo cultural.

En su introducción, el texto expone que estas relaciones se pueden rastrear en la tradición cultural latinoamericana en la que el animal ha estado en contigüidad con la barbarie. En esa vecindad, las significaciones de la alteridad humana estarán marcadas por su expulsión fuera de la barrera civilizatoria; no obstante, una de las propuestas de Gabriel Giorgi es analizar diversos textos de la segunda mitad del siglo XX cuya factura evidencia la crisis de la articulación binaria del campo cultural basada en la distinción entre el interior y el exterior. Esa barrera se ha vuelto porosa en los textos analizados y expresan un *continuum* entre la vida humana y la vida animal. En particular, la sociedad latinoamericana moderna ha supervisado y controlado intensamente los cuerpos, por lo que la administración de la vida ha cobrado una centralidad radical en el ámbito político y cultural. Los textos pesquisados por el autor van desde la década de los sesenta hasta la actualidad. En esta época los mecanismos de control, basados en la provocación y la interrogación del cuerpo, han cercado los elementos de la vida, los han vuelto anómalos y su registro ya no se sitúa en el afuera orgánico o el animal exterior, pues

las consecuencias políticas de la manipulación han construido un *bios* artificial, no ontológico, que articula lo natural y lo cultural.

La propuesta de Giorgi destaca que el retorno de lo reprimido animal no es una amenaza exterior, sino una escisión íntima en la constitución de la subjetividad. *Formas comunes* nos propone releer los espacios íntimos cuestionados por una disyunción subjetiva y animal existente en sus habitantes. La emergencia animal contaminará la condición humana y cuestionará los mecanismos políticos de su establecimiento. Lo viviente recorrerá nuevos campos de expresión y lo biológico le cederá su bandera a lo biopolítico como una nueva manera de concebir su resistencia.

El texto de Giorgi se articula en cinco partes: la primera “Rebelión animal”, la segunda “Una nueva proximidad: las casas, los mataderos, el pueblo”, la tercera “Series”, la cuarta “La rebelión animal (2)” y la parte final titulada “Coda”. Estas reúnen diversos análisis de escritores como Guimarães Rosa, Julio Cortázar, Clarice Lispector, Martín Kohan, Carlos Busqued, Osvaldo Lamborghini, Roberto Bolaño, Manuel Puig, João Gilberto Noll, Marosa Di Giorgio y Copi. Pero el libro no solo contiene análisis literarios, sino que también destaca el valor de diversas producciones artísticas para la reflexión sobre la vida, en el ámbito de la instalación: Teresa Margolles y Nuno Ramos, y en el caso del documental *Nostalgia de la luz* de Patricio Guzmán.

Las textualidades se recorren con la mirada puesta en la proximidad de los animales y su vínculo con la vida humana. Los exteriores animalizados del siglo diecinueve, situados en el exterior pampeano o selvático, son trasladados al interior biopolítico de la ciudad. En ese plano, los animales, en Giorgi, funcionan como una representación de la dislocación entre aquella vida que merece ser vivida y aquella vida descartable, la singularidad del animal se sitúa en la frontera inestable entre persona y no persona. La cultura trabaja en esa área y resitua las distancias entre las especies para franquearlas por medio de alianzas ominosas entre humanos y animales. Los ejercicios de la literatura contemporánea, señala Giorgi, no utilizan las figuraciones no humanas como tropos, metáforas o imágenes que converjan en ideaciones morales o éticas. En estas materias textuales el foco se ha desplazado de los términos de esta relación –humanos y animales– para deslizarse a la esfera común de pertenencia donde hay un vínculo no ontológico de contacto. Esta alianza es una expresión de una continuidad y diversidad de lo viviente vuelta agenciamiento que rebasa la capacidad figurativa y expresa un orden diverso de afectos y materialidades, cuyo efecto dismantela la inmovilidad ontológica que escinde el *continuum* de la vida orgánica en especies. Este cuestionamiento abre una zona de interrogación ética y un horizonte político. El animal, al dejar de ser una metáfora, pasa a ser una línea de desfiguración, un umbral de indistinción que interroga las condiciones sobre la figurabilidad.

Este trabajo sitúa su hipótesis en la ambivalencia entre la vida que se protege y la que se abandona, el campo de lo animal y lo viviente. Frente a ese orden de cuerpos, el animal “explora nuevos modos de contigüidad; suspende, en fin, *un orden de individuaciones*” (17). Ese viviente cruza la dimensión de lo biológico y lo natural, con las decisiones y operaciones políticas que sostienen y articulan esos campos de acción. Lo natural de esta vida deja de ser contingente y se vuelve una consecuencia de una tecnología social: la biopolítica. En ese cuadro, el retorno del animal cuestionará la inestabilidad de ese *bios*: “Los usos del animal en la cultura y los modos en que lo animal desafía los límites de lo cultural son modos de reflexionar y responder a esa inestabilidad epistemológica y conceptual (siempre política) en torno a ese *bios*” (22). Distinguir entre *bios* y *zōé*¹, entre persona y no persona –formas preindividuales, no personales de lo viviente– es una operación fluctuante de la que Giorgi se hace cargo a través de un corpus variado de la cultura latinoamericana contemporánea.

Estos textos revelan una línea de fuga que se deriva de los usos y abusos de la violencia. Aunque esta es uno de los orígenes de las reflexiones sobre las capacidades de un cuerpo –no siempre es su causa–, la crónica roja y la violencia política no son los ejes exclusivos que este texto crítico recorre. Su trayectoria es una apuesta por las virtualidades de la dispersión y el contagio, su énfasis está en las consecuencias epistemológicas y ontológicas de las interacciones entre cuerpos, política y cultura. Los análisis proponen una geografía diversa, por una parte está la realidad mexicana con las instalaciones de Teresa Margoles y la ficticia ciudad de Santa Teresa de Roberto Bolaño, con énfasis en la presencia de los cadáveres y su relación con el orden de lo visible. En el caso argentino, la relación entre política y cuerpo, explícita en Osvaldo Lamborghini (en *El Fiori*), pero también en los usos de los mataderos y su relación con la ubicuidad de la violencia (Carlos Busqued y Martín Kohan). También están presentes los análisis de la sexualidad como agenciamiento de conexión en João Gilberto Noll, Marosa de Giorgio, Manuel Puig y la ficción del cuerpo erógeno en *Tadeys* de Osvaldo Lamborghini.

Bajo estas problemáticas se reúne a autores de diversos puntos geográficos de América Latina, compilados bajo el signo de crisis de la identidad entre un cuerpo y un sujeto. Así, también, el fundamento latinoamericano que les sirve como base es un horizonte conflictivo, una realidad cultural que se vuelve una cartografía de intensidad política que desfonda las escenas humanistas abatidas por las empresas de conquista sobre la vida, la sujeción y la extracción de valor (la explotación).

¹ La distinción entre *bios* y *zōé* la rescata el filósofo italiano Giorgio Agamben, en *Homo sacer*, para distinguir dos modulaciones de la vida. Una, la vida humana, el *bios*, y la otra, la vida no humana, la pura vida contingente que corresponde con lo natural.

Formas comunes expone diversas escenas en que la biopolítica se presenta como una dimensión problemática para debatir sobre las consideraciones de la naturaleza, la cultura, la animalidad y la humanidad. En la pluralidad de textos analizados, los nudos que desarticulan estas nociones estables provienen de diversos flancos: la sexualidad, las relaciones de clase y raza, la política de masas, las relaciones de propiedad. En particular, me gustaría profundizar dos dimensiones: el lenguaje como horizonte de desarticulación de lo humano y los cadáveres como presencia de lo orgánico para politizar la naturaleza.

Para Giorgi existen diversas maneras de ejercer conexiones no personales entre humanos y animales para crear áreas de indistinción de lo viviente; uno de los elementos utilizados para lograrlo es el lenguaje. En el análisis de *Meu Tio o Iaguareté* de Guimarães Rosa, se expone una situación particular, pues el narrador del relato es un mestizo brasileño que no encuentra su lugar entre el blanco, el negro y los indios, debido a una filiación animal: supone que su tío es un jaguar y él mismo se ha enamorado de una hembra felina luego de no poder eliminarla. En esta filiación mestizo-animal el narrador pierde su nombre propio y escinde su identidad.

La forma literaria del relato intercala esta mixtura pasando del portugués al guaraní y la animalización del lenguaje del narrador. La alianza entre humano y animal encuentra un hilo de filiación común extraño a ambos: la artificialidad de la lengua. Frente a la proliferación de diferencias y determinaciones, el texto articula una conexión de supervivencia operada por medio del deseo: “Una alianza filiatoria y deseante con los jaguares que se resuelve como rebelión: el devenir animal del humano como un foco de la revuelta –que es también foco de una comunidad potencial– contra un orden a la vez económico y político” (50). Ante la depravación del ambiente, la colonización y el exterminio de los jaguares, el indisciplinado narrador y una felina se valen de una lengua babélica sui géneris en la que emerge un lenguaje sin forma entre el rumor animal y el signo lingüístico. *Formas comunes* propone una biopolítica menor, al decir de Deleuze y Guattari, en que lengua, no lengua, ruido, humano y animal elaboran un complejo de fuerzas y relaciones renuentes a ser dominadas por el contexto de explotación. El desenlace de la narración es trágico. Esta unión incontenible de los signos traspasa las diferencias e identidades, justamente en el ámbito del lenguaje, donde el sujeto confirma su mismidad, ¿dónde está la filiación en *Meu Tio o Ianaeté*? Está en “un común no humanista, un común que pasa por los cuerpos y los saberes, y que resiste a su captura como recurso económico y como terminal de las tecnologías disciplinarias” (58).

Se insiste en el lenguaje como un elemento inesencial en el análisis del relato “El matadero” de Martín Kohan. En este, un cargamento de ganado es transportado en la ciudad por un conductor no habituado a esta labor. El espacio civilizatorio revela su crisis, ya que el animal del exterior ahora está en el interior.

Esta presencia dentro del camión se siente por medio del rumor de las vacas. Su lenguaje no articulado e inquietante denota una nueva visibilidad de la vida. Su contacto es una palabra indiscifrable, el cuerpo animal condensará la indistinción política entre *bios* y *zooé*, así revocará el ordenamiento estable entre los cuerpos. La percepción del rumor animal comunica un significado ambivalente: el matadero es el lugar de aquellos que viven para ser muertos, sus vidas están en suspensión ante la ejecución. La condición política del animal es su muerte sin duelo, una muerte masiva, un desfile de vidas descartables al alero del capitalismo percibidas por el conductor, un trabajador anónimo encargado de transportar esta sentencia por la ciudad.

Formas comunes demuestra cómo toda distribución de la protección de la vida es política y es arbitraria, hay formas de vida humana y no humana que son prescindibles. La constancia de esta máxima vincula lo viviente y desteje las formas de sus corporalidades que implica una proximidad catastrófica con lo no orgánico. En la economía diferencial de la violencia, el cuerpo anónimo marca un espacio común posterior a la vida que implica la vulnerabilidad general. En los cadáveres de 2666 de Roberto Bolaño el resto orgánico no implica una relación con la identidad del sujeto sino que testifica la ubicuidad de la muerte. En un escenario en que no hay *bios* establecido hay una violencia contagiosa. La materialidad del cadáver disloca un régimen de sensibilidad, plantea una resistencia de un resto orgánico que, una vez borrado el cuerpo, persiste. Su instalación en un tiempo político transforma su inscripción en la naturaleza para interrogar el marco de su biología; en un sentido indeterminado se testifica la vida como un resto de una unidad desagregada.

Este análisis se extiende en *Nostalgia de la luz*, es el caso del cadáver como resto que cuestiona la unidad de lo viviente circunscrito al aspecto de lo natural, puesto que sus elementos orgánicos son restos de una historia política reciente de persecución. El vínculo entre naturaleza y violencia política, según las secuencias expresadas en *Formas comunes*, es visible tanto en los casos de los desaparecidos en el desierto de Atacama y el río de la Plata como en las instalaciones de Teresa Margolles sobre la narcoviencia. Sus consecuencias son la indeterminación del tiempo natural y el tiempo político. En esa vacilación entra una temporalidad biopolítica como un umbral de inscripción de la pertinencia de la materia, el estatuto de lo orgánico se vuelve político y la naturaleza adquiere esta connotación.

La relevancia de *Formas comunes* en este concierto es su recorte de autores clásicos y contemporáneos de América Latina para leerlos en función de la animalidad y la cultura. La perspectiva de este análisis no lee este corpus como una diferencia discursiva de una doxa metropolitana; por ende, resguarda los márgenes de autonomía de la literatura y le asigna un lugar privilegiado para pensar las relaciones entre cultura y sociedad. Este texto crítico reconoce las problemáticas clásicas del campo latinoamericano, las rescata y las vuelve dinámicas al alero

de un marco teórico contemporáneo, el de la biopolítica, con el que actualiza el conflicto entre civilización y barbarie.

Las conclusiones de este estudio proponen una inestabilidad en la administración biopolítica que afecta las definiciones ontológicas de los sujetos inscritos en esta red. La dislocación del orden del discurso hace porosa la distinción entre naturaleza y cultura. Las nociones de lo político cobran otros significados ante las experimentaciones propuestas por la literatura y el arte. La concepción del cuerpo como una multiplicidad asedia al individuo mediante un *bios* virtual inscrito en un tejido de relaciones de solidaridad y resistencias. Esta potencia brinda una indeterminación para elaborar un lenguaje, una ética y una política; en este contexto, la cultura es un ensayo de nuevas formas de sensibilidad y visibilidad.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, GIORGIO. *Homo sacer*. Valencia: Pre-textos, 2003. Impreso.

DELEUZE, GILLES Y FÉLIX GUATTARI. *Kafka: por una literatura menor*. México: Era, 1978. Impreso.

NICOLÁS ROMÁN
Universidad de Chile, Chile
neroman.g@gmail.com